

DISCURSOS


PRONUNCIADOS ANTE LA TUMBA

DEL

Dr. Don Pedro Fermín Cevallos

EN EL ACTO DE COLOCAR EN ELLA

UNA LÁPIDA DE MÁRMOL





INVITACION.

Deseando los suscritos honrar la memoria del esclarecido historiador nacional, **D. Pedro Fermín Cevallos**, han acordado colocar una lápida en la bóveda donde descansan sus restos, y con tal motivo, tienen el honor de suplicar á U. se sirva asistir á dicha ceremonia el día de mañana á la 1 p. m.

Quito, Mayo 22 de 1897.

Miguel Angel Carbo, Delfín B. Treviño, Camilo O. Andrade, Antonio Lara H., Alberto Reina, Andrés P. Orcés, Alejandro Noboa, Carlos A. Rivadeneira, César A. Cordero, Eduardo Ribadeneira A., Enrique Morales A., Francisco Game, Félix G. Rubio, Gumercindo Villacís, Gumercindo Yépez, J. Pastor Intriago, José Miguel Rivadeneira, José A. Campi, J. Lorenzo Montero, L. Maximiliano Marín, Manuel A. Franco, Manuel de J. Nevárez, Manuel Paladines, Pedro J. Vera, Rafael A. Palacios, Seraffín S. Wither S., Vicente E. Carbo, Wenceslao Ugarte.

DISCURSO

del Señor Doctor Don Camilo O. Andrade.

Señores:

Nos hallamos reunidos en este lugar cumpliendo con un sagrado deber: el que nos dejan los grandes hombres al dar su paso á la vida de la inmortalidad; con esa cláusula obligatoria impuesta por el talento y el trabajo al corazón de cada ciudadano: rendir homenaje á la memoria ilustre.

Hemos querido arrebatár al tiempo su derecho consagrándo al eminente ecuatoriano Dr. D. Pedro Fermín Cevallos un recuerdo de admiración á su constancia y á su laboriosidad, y á su corona de flores ya marchitas hemos querido sustituirla con otra que, si más humilde, no es menos hija del respeto y del entusiasmo.

Si dable nos fuera levantar una estatua al historiador, entregado ya al juicio de sus conciudadanos, allí estaría en nuestro apoyo el deseo por el engrandecimiento de la patria, estímulo poderoso que se persigue siempre, y tras el cual van todas las aspiraciones y todos los esfuerzos.

Una lápida de mármol es cuanto hoy podemos ofrecer al atildado escritor, lustre de las letras ecuatorianas, padre y fundador de la Academia en nuestra República, lápida que, si fría en su exterior, lleva encerrado todo el fuego de que es capaz la Juventud, bien así como acontece con nuestros soberbios volcanes, que se hallan coronados por la nie-

ve; pero en cuyas entrañas se alimenta llama inextinguible.

Que la historia severa é imparcial no abandone jamás á la justicia, y yo os prometo, señores, que la tierra ecuatorial invitaría al mundo á contemplar sus monumentos consagrados á los infatigables luchadores por la ventura de los pueblos.

Yo, entre los iniciadores de esta manifestación patriótica, me hallo justamente complacido, como lo están mis compañeros, por haber alcanzado con vuestra presencia la mayor solemnidad de esta ceremonia.

Quede allí constancia del tributo de veneración que al ilustre historiador dedica una juventud que milita al amparo de benéficas ideas y cuyo programa es la justicia, y sus fines, hoy, el abrazo franco y leal entre los miembros de la familia ecuatoriana.

HE DICHO.

DISCURSO

del Señor Don Delfín B. Treviño.

Señores:

En el recuerdo de los pueblos queda siempre la memoria de los benefactores y verdugos de la humanidad; pero sus hechos serían borrados por la mano del tiempo sino hubieran quienes los consignaran en las páginas de la Historia.

La narración de los hechos que, desde el origen del mundo hasta nuestros días, se han sucedido, ha realizado el perfeccionamiento de la humanidad. Un célebre publicista ha dicho: "La Historia es la fotografía de la humanidad y su mejor maestra".

Las enseñanzas de la Historia tienen la elocuencia de los hechos: la exposición de los acontecimientos, con sus antecedentes y consecuencias, dirige el paso de la humanidad sobre la tierra, porque allí se encuentran pintadas, con sus detalles y coloridos propios, las causas que motivaron sus caídas y levantadas, la decadencia y prosperidad de las naciones.

Del horripilante espectáculo del crimen y del vicio surge el apasionamiento á la virtud; de la contemplación de la tiranía brota el amor á la Libertad, y, por fin, del conocimiento de los defectos y extravíos de la humanidad nace la ley moral.

Los principios que rigen el carácter y destinos de los pueblos no son asunto de moda, sino de valor moral, no dependen de la casualidad, sino de la lógica de los sucesos.

La ciencia, el arte, la literatura, la industria y la política le deben su progreso á la Historia; los sentimientos y las costumbres, su mejora y refinamiento.

La influencia civilizadora de la Historia ha llevado á los pueblos á la suprema cultura.

Desde la más elevada hasta la más humilde y desde la más rica hasta la más pobre, no hay clase ni condición social á la cual la Historia le haya negado sus dones.

La Historia le señala á la humanidad la escala de Jacob para que suba al cielo de la perfección.

Pero, señores, el mérito de una obra de arte constituye la gloria del artista que la ejecutó: en la Historia, en ese grandioso, en ese soberbio edificio de materiales sociológicos, admiro á sus autores, y, por esto, mi espíritu se siente regocijado y satisfecho en presencia del homenaje tributado hoy á la memoria del ilustre historiador ecuatoriano, don Pedro Fermín Cevallos.

¡Goce su nombre de la glorificación eterna de la Historia!

HE DICHO.

IMPROVISACION

del Señor Doctor Don Gumercindo Yépez.

Cuando los pueblos se agitan por ostentar el recuerdo de sus hombres prominentes; cuando como al presente se reúnen en un punto para tributar homenajes al mérito, esto significa, Señores, que esos pueblos viven, que esos pueblos esperan, y que al impulso de lo noble y de lo grande, grande y noble será el término á que se inclinan, y perfecta y completa la felicidad á que se han hecho acreedores. El partido liberal, cuyo objetivo se pierde en esa cadena indefinida del perfeccionamiento humano, no podía mirar indiferente la tumba en que yacen los restos venerandos del eminente historiador ecuatoriano, cuyas obras inmortales son y serán la honra de nuestra amada patria; y como un hecho obligado ha resuelto hacer esta manifestación, que significa, no sólo el reconocimiento de la ciencia y altas virtudes de D. Pedro Fermín Cevallos, sino, y lo que es más, la solemne declaración de sus principios, que, así en el orden especulativo, como en el práctico no son otros, que el de mantener incólume y desarrollar sin término la naturaleza racional, aplaudiendo la virtud y corrigiendo el vicio, al rededor de ese punto consagrado por el sentimiento universal: la fraternidad humana. Cevallos, como varón de alma escogida, empleó su existencia en la magna obra de instruirse é instruir al mundo en esas verdades, tan desapercibidas para el pequeño, pero cuya significación y relaciones aprecia el sabio, al estudiar en su conjunto este organismo social de

imperecederas tendencias. Su historia del Ecuador es la cartilla, donde se hallan todos los signos que conducirán al ecuatoriano al amor y engrandecimiento de su patria. En ella palpitan los hechos más trascendentales de una perfección impuesta por el genio y sólo detenida por esos desgraciados obstáculos, que son como el resultado inmediato de una civilización rudimentaria.

Que su trabajo no sea estéril; que su vida útil y ejemplar sea el tipo en que se modele la conducta de la juventud que se levanta, y que las generaciones venideras cosechando el fruto de sus santos esfuerzos, gocen tranquilas del orden y la paz, de que es tan digno el pueblo ecuatoriano.

DISCURSO

de agradecimiento del Sr. D. F. Alberto Darquea.

Señores:

Las expresiones sinceras de la gratitud y el reconocimiento nunca deben hacerse esperar, siendo como son el brote instantáneo del corazón agradecido. Ante el augusto homenaje que acabáis de tributar á la memoria del Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, sus deudos no podíamos permanecer indiferentes; ya que, preciándonos de llevar su esclarecido nombre, somos honrados juntamente con él, y los resplandores de su gloria nos iluminan de cerca con intensísima luz. Así pues, excusadme haya querido compartir con vosotros de la solemnidad de este acto; no ya para añadir nuevos lauros á la inmarcesible corona que habéis formado, sino para ofreceros á mi vez la que, entretrejida de las siemprevivas de la gratitud y eternos recuerdos, os consagra la familia del ilustre fallecido, objeto de vuestros honores. He venido ha hablaros en su nombre: no veáis, pues, en mis palabras sino la fiel interpretación de los sentimientos de profundo reconocimiento en que ella abunda para con vosotros.

Vuestro entusiasmo y patriótico interés han hecho que, adelantándoos aún á la familia, seáis los primeros en depositar una ofrenda en el altar que aquella ha venido levantando para conmemorar debidamente el 4.º aniversario de la muerte de su inolvidable progenitor. Sí señores: de tiempos atrás nos ha dominado el pensamiento de solemnizar, de cuantas maneras nos fuese posible, tan significativa fecha. Por desgracia, no han faltado obstáculos que se han opuesto á la realización de nuestros de-

seos, y hondamente contristados hemos visto pasar el día preciso, postergando por algunos más el suntuoso traslado de sus venerandos restos al mausoleo que poseemos en el cementerio del Tejar, las exequias que se celebrarán con este motivo y la publicación recopilada de cuanto se ha escrito en su memoria; si bien respecto á esta última el atrazo ha venido á ser de sumo provecho, por cuanto ahora tendrá su lugar preferente en ella todo lo relativo al acto en que nos hallamos.

Nuestras mas vehementes aspiraciones se habrían satisfecho si se hubieran juntado en un solo eco y en no lejano día las manifestaciones del patriota con el tierno dolor del afectuoso deudo, deplorando á la vez la patria y el hogar una pérdida para una y otro igualmente irreparable; sin que por esto sea menor nuestro júbilo ni deje de ser más recomendable la generosidad con que los dignos hijos de la costa iniciaron esta espléndida obación y la han llevado á efecto. Para ellos en especial nuestras mas cumplidas gracias.

HE DICHO.

ANTE LA TUMBA

del repúblico eminente, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos.

Los Diputados por las provincias del Litoral á la presente Convención, y varios otros costaneros residentes en Quito, habíanse propuesto honrar la memoria del *esclarecido historiador nacional*, **Don Pedro Fermín Cevallos**, colocando en el sepulcro donde reposan sus cenizas, una lápida conmemorativa del cuarto aniversario de su fallecimiento.

Con tan piadoso y patriótico objeto, invitaron á muchas personas de esta capital, para que les acompañaran en su luctuosa romería al cementerio de San Diego, en donde, por lo pronto, se ha depositado el cadáver del ilustre muerto, mientras prepararle un mausoleo digno, en el panteón del Tejar.

Me cupo la honra de ser uno de los de la comisión doliente; pero, más que honra, he tenido por primera vez ocasión de colocarme ante ese sarcófago venerando, que abarca medio siglo del pasado ecuatoriano, y que para lo futuro es un manantial riquísimo, en donde las generaciones vendrán á beber el agua saludable y confortante de la sabiduría, de la moralidad, del patriotismo!

Veinte años há que contraje relaciones de amistad con el Dr. Cevallos. Ciertas afinidades misteriosas del corazón, impelieron al grande hombre para que acogiera al pequeño, sin pasar por esas pruebas preliminares, que á veces salen fallidas, burlando la crítica más severa. No: todo pasó entre los dos por una especie de intuición moral, que movió al

Dr. Cevallos á descender al fondo de mi alma, y que me puso á mí en la disposición de recibirle con la avidez y la satisfacción que se recibe la luz en el fondo oscuro, la paz en la conciencia atribulada por la duda, el solaz en la vida agitada por las tormentas del mundo.

Estos recuerdos háanse despertado en mi ánimo á la vista de su muda tumba; y el egregio personaje de entonces, puesto á la altura, donde eleva la muerte á los que sucumben en fuerza sólo del rigor de las leyes de la naturaleza, se me ha presentado en toda su magnificencia, en toda la esplendidez de los hombres seleccionados por Dios, para ser los institutores y los guías de la humanidad.

Los Treviños, los Yépez, los Monges, y varios otros del fúnebre cortejo, se ocuparon en biografiar al ilustre finado con el acierto y la pulcritud con que los buenos oradores conmemoran á los próceres de ultratumba; y por tanto, yo no podía aumentar luz á la luz, ni gloria á la gloria con que revistieron al Dr. Cevallos, para presentarle al público en un día de sentimental recordación. Empero, ¿cómo ahogar en mi pecho la voz de la gratitud, la voz del aplauso por uno de mis maestros más respetados, por uno de mis amigos más queridos, en ocasión en que sus compatriotas levantan el denso velo de su tumba, para recordarlo y bendecirlo? No: séame permitido ahora, unirme al concierto de cuantos tributaron justo homenaje al Sr. Cevallos, ya que no me fue dado hacerlo en la ceremonia misma, con el calor y la animación, que tienen, en los actos solemnes, los discursos de viva voz.

Quando traté de cerca al Dr. Cevallos, dos fueron las dotes que llamaron mi atención, entre las muchas recomendables, que poseía este virtuoso ciudadano: su empeño de enseñar cuanto de bueno

sabía; y su prudencia en el ejercicio de ésta y de otras muchas de sus virtudes.

Por feliz debía contarse, como que lo era, la persona que lograba acercarse lo bastante al Dr. Cevallos, para recibir el don de su ciencia, y sentir el influjo de sus rectos y delicados sentimientos. Cual astro luminoso, que difunde la vida con el calórico y la luz que irradia sobre los astros oscuros de la esfera de su acción: así el personaje en quien me ocupó sabía instilar sus vastos conocimientos en todos los seres que giraban en su derredor. Desde las nociones más triviales de la lingüística, de la lógica y de los números, elevábase, según las circunstancias, hasta los principios de la más alta filosofía. Modelado sobre los perfiles de Sócrates ó de Catón, siempre se le notaba tan modesto y circunspecto, que en ocasiones aparecía como un hombre vulgar y de ninguna importancia; pero, si alguien tocaba las fibras ardientes de su filantrópico corazón, ó excitaba de alguna manera las fuerzas de su poderosa inteligencia, entonces, como el raudal que desciende de lo alto sobre los campos secos y eriazos, llevándoles el germen de nuevos seres, así el admirable pedagogo comunicaba á los espíritus los elementos de la vida intelectual y moral. La falta de pronta penetración en sus oyentes, no le molestaba: la fatiga en esa labor sublime, no le sobrevenía: lo que ancianaba, lo que pretendía, era el adelanto y el mejoramiento de sus semejantes.

Y, ¿en el ejercicio de esta misión celestial, buscaba, por ventura, el lucro, la recompensa, la nombradía, siquiera? ¡oh! jamás: y para cersiorarse, basta tener en cuenta que murió pobre, reducido á un pequeño número de amigos, muy buenos, eso sí; y que en sus funerales no sonó el cañón, ni la trompeta de la fama.

Es un premio de Dios remunerador, que los hombres modestos, mueran modestamente. Todos esos aparatos que acompañan los últimos instantes de las personas de elevada categoría, sirven, tan sólo, para impedirles que en esa hora suprema puedan darse la mano con los espíritus bienaventurados, que acuden al lecho del moribundo honrado, pobre y generoso, y que revolotean sobre su cuerpo cercano á disolverse, como las brillantes mariposas en torno de una flor que se extingue, para recoger sus últimos perfumes. Nótase por esto, que mientras más justo es el hombre en la carrera de esta vida, la Divina Providencia le depara una muerte sosegada y llena de esperanzas; alhagüenas; y cuando su recto proceder se eleva hasta la santidad, entonces ese hombre es llevado lejos, muy lejos del tumulto del mundo, para que en éxtasis no interrumpido entregue su espíritu en manos del Hacedor Supremo.

El Doctor Cevallos, *cerrados* sus ojos desde mucho antes, para no ver las escenas desgarradoras, que ocurren al tiempo de la partida eterna; y para poder concentrarse en sí mismo, y reunir todas sus fuerzas espirituales, hallábase tranquilo, firme en sus creencias, elaboradas de buena fe, á la luz de una razón superior, y satisfecho de haber cumplido su alto destino en esta morada del dolor y de las pruebas.

Desgraciado de mí, cuando no pude acompañar á este respetable amigo, en su agonía, en ese acontecimiento, dolorosísimo por cierto, pero muy instructivo para los sobrevivientes que, como yo, ancian recibir lecciones de los que colocados entre la tierra y el cielo, pueden columbrar esos mundos de ciencia positiva, de belleza inmaculada, de felicidad imperecedera. Mas, la estrella que guía mis pasos, me ha sometido al hado rigo-

roso de no venir á esta capital, sino después que las personas de mi afecto y de mi admiración, hubiesen dejado vacío su puesto en la familia humana. Hoy en día, y después de diez años de haber visitado con pena y dolor profundos la tumba del benemérito don Manuel Gómez de la Torre, me ha tocado la suerte, no menos triste, de verter lágrimas y depositar una flor en los sepulcros de los SS. Camilo Donoso Lasso y Pedro Fermín Cevallos: que así sea!

QUITO, MAYO DE 1897.

Manuel Coronel.


** NOTA.—La composición del Sr. D. Celiano Monge declamada también en este acto léase en la sección de Poesías.

Los demás discursos y composiciones que se pronunciaron no han podido obtenerse de sus autores.

EXEQUIAS

ACTO DE CONMEMORACION

DE LA FAMILIA.



EXEQUIAS.

El 30 de Junio último se celebraron en la iglesia de la Merced de esta capital, exequias por el descanso del alma de nuestro notable historiador, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos. Los venerandos restos de este ilustre patricio se exhumaron la antevíspera con el designio de trasladarlos del panteón de San Diego al de la recoleta de mercenarios, en donde el Sr. Cevallos había erigido años ha un mausoleo de familia; pues hombre de familia como era, tenía para sí que hasta en el sepulcro debía continuar la reunión de quienes en vida hallábanse ligados con los vínculos del amor que honra y consuela, y los de la sangre que de muchos forman un sér, una entidad social.

Recibidas las invitaciones de costumbre, concurrieron al suntuoso templo de MARÍA, en su significativa advocación de las Mercedes, los deudos del Sr. Cevallos que presidieron la asistencia compuesta de jóvenes de la Universidad y de fuera de ella, de médicos, abogados, eclesiásticos, literatos, comerciantes, propietarios, militares y otros, en no escaso número, formando todos un conjunto de lo más gra-

nado de la sociedad quiteña. Si la invitación fué precisa para que se supiera el día, el lugar y la hora de las exequias, el nombre sólo del Sr. Cevallos era suficiente y eficaz llamamiento para que concurriesen sin distinción unos á encomendarle á Dios, como las señoras que, vestidas de luto, estuvieron en actitud de recogimiento edificante, y otros á dar religioso y solemne testimonio del pesar que aquejaba á la República por tan grave como deplorable pérdida.

El templo estuvo decorado con magnificencia: bajo la cúpula principal, suspenso de su elevado centro, veíase un pabellón negro que, principiando por bajo una cruz, desplegábase gradualmente hasta circuir los tres lados de una mesa fúnebre de grandes dimensiones, al medio de la cual estaba colocado un gran sarcófago negro con filetes de oro, circundado de emblemas blancos de bulto, que significaban diversas virtudes; delante, doce blandones de cera encendidos sobre otros tantos candelabros de más de dos metros de tamaño; y de los lados, al derecho el retrato, de escala natural, del Sr. Cevallos, y al izquierdo una buena pintura al óleo del ángel del dolor vestido de blanco, con las alas replegadas y las manos en la sacra insignia de la redención del linaje humano. Las columnas del templo estaban con sendas colgaduras negras y sobre sus dorados capiteles, leíase en letras de oro: El Foro, La Justicia, La Cátedra, La Prensa, La Historia, La Academia. A lo largo, desde la entrada del frente del presbiterio hasta el catafalco, de trecho en trecho, cimbriamente colocadas, hachas de cera sin encender, puestas en dorados candeleros de hermosa forma, adornados, por cierto, con sencillez y buen gusto. Y en el coro, al son de magnífico órgano,

cantaba la comunidad mercenaria las conmovedoras piezas con que la Iglesia solemniza las fiestas fúnebres en que ruega al Señor por el descanso de sus hijos que han partido del tiempo á las indescriptibles regiones de la eternidad.

Ante tan conmovedor espectáculo los concurrentes manifestaban en los semblantes su no común condolencia. Después del Divino Sacrificio y de las ritualidades que siguen, retiróse la asistencia de caballeros á la recolección de la Merced; entró al panteón en el silencio y con la compostura que las circunstancias requerían, y encontró el mausoleo con coronas de ciprés adornadas de una que otra cinta y adecuadas florecillas. Al medio, en lugar prominente, el retrato de nuestro respetable y por múltiples motivos amado compatriota, quien, al poder de nuestro deseo, parecía salir en imagen de la tumba, cual en otro tiempo salió la persona de Lázaro á la voz del cariño de Aquel que habló á la nada y la nada le obedeció, y salió de la nada cuanto visible é invisible existe en nuestro torno.

A la sombra de los muros de los nichos, pues ya el sol descendía al occidente, y durante el suave murmurio de tenue viento entre las ramas del frondoso cedro que, al medio de mausoleos, ostenta su lozana vida entre los muertos, y que á los vivos ofrece sombra á que á su pie descansen; con conmovida voz y respetuoso ademán los Sres. Dr. D. Carlos R. Tobar y Quintiliano Sánchez, miembros de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real de Madrid de la lengua castellana, pronunciaron los discursos que de ellos se registran en este libro, afectuosos, patrióticos y llenos de verdad; y luego leyeron sus composiciones los jóvenes Sevilla

y Darquea, religioso el primero de la orden de la Merced, y estudiante de la Universidad de Quito el segundo, nietos ambos del historiador.

Tal fué, trazada á breves rasgos, la función religiosa que, por la eterna ventura y en honor del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, se celebró en la fecha y lugar referidos.

Nuestro erudito filólogo y distinguido académico viva en nuestra memoria y alcance del Dios de las Naciones cesen ya las causas de vergüenza que hoy sonrojan al Ecuador; y que, cual en otros tiempos, personas de buena voluntad trabajen sin intermisión por su engrandecimiento, que, para la expiación de un pueblo que le clama, es bastante lo ocurrido en los días que alcanzamos.

QUITO, JULIO DE 1897.

Francisco Ignacio SALAZAR.

INVITACION DE LA FAMILIA.

Los deudos inmediatos del que fué Sr. Dr. D.

PEDRO FERMIN CEVALLOS

deseando honrar debidamente su memoria, han acordado, en el 4º aniversario de su muerte y traslación de sus restos del cementerio de San Diego al del Tejar, mandar celebrar unas exequias en el templo de la Merced.

Con tal motivo, suplican á Ud. se digne concurrir á ellas el miércoles 30 del presente á la hora de costumbre, y también acompañarles en seguida al acto fúnebre de depositar los restos en el mausoleo que poseen en el último de los cementerios mencionados.

Por uno y otro favor anticipan á Ud. el más profundo agradecimiento.

Quito, Junio 28 de 1897.

DISCURSO

del Señor Doctor Don Carlos R. Tobar.

Hay tal contradicción. Señores, en las cosas de la pobre humana existencia, que puedo llamar grata la fúnebre ceremonia que nos tiene congregados: ¿No será grato, en verdad, para el amor patrio, para el cariño de la familia, para el afecto de la amistad, ver en torno de unos restos inhumados algunos años há, á los parientes, á los amigos, á unos cuantos ciudadanos amantes del buen nombre de la patria, solícitos en manifestar la veneración debida á los despojos de un hombre probo, de un escritor ilustre, de un ciudadano bueno?

Yo sé, Señores, que si los sentimientos que nos animan á los concurrentes pudieran realizar milagros, verificarían el de restituír á la existencia al amigo que, aun después de muerto, ha tenido poder bastante para atraernos y reunir á su rededor una no pequeña agrupación de gentes que le aman todavía.

Tal como la familia del Sr. Dr. Cevallos acaba de exhumar su cadáver, nosotros..... iba á decir algo que no es exacto: iba á decirnos que nosotros hemos sacado también el recuerdo del querido muerto de la tumba del olvido. Nó: nuestro historiador no ha dejado de existir en la memoria de los que le amamos, ni ha sido sepultado como el común de los mortales, ni menos ha desaparecido de la haz de la tierra: el hombre que ha derramado el bien no des-

aparece de entre sus semejantes; el escritor que deja un libro se perpetúa en las generaciones; el pensador que sembró una idea vive sin intermisión en las sociedades, que granjean de ese bien, que se instruyen en ese libro, que, si permitís la frase, piensan y repiensen esa idea y la amplifican y la hacen fecunda, y constituyen, al que la dió origen, en el tronco genealógico, dirélo así, de un árbol frondoso, florido, fructífero, cuyas raíces están sepultadas, no por la muerte, sino para la vida, esto es, para la absorción de una savia que vivifica, desafia los años, los siglos, los tiempos, impotentes para la destrucción de lo que no es materia, de lo que goza de la inmortalidad de lo espiritual.

Tal vez ignorantes, acaso olvidadizas, quizá ingratas las sociedades del provecho que obtienen de sus contemporáneos, hacen, sin embargo, justicia en época más ó menos remota, á estos *hombres gérmenes*, cuyos nombres ocultos como la semilla que alberga el surco, un momento dado brotan al día eterno de lo inmortal, y se muestran esplendorosos hasta á los ojos vendados con las tinieblas de la envidia. Y entonces, hechos visibles, se presentan como ejemplo, la labor ímproba, el cuidado asiduo, la atención sostenida, que exige la perenne fábrica del monumento del crédito que cada uno de los hombres de bien, arena por arena, se lleva levantando desde el día de ir á la escuela hasta el supremo instante en que Dios, con mano de misericordia, cierra la puerta de nuestros dolores: sacrificios de niño, privaciones de joven, estrictez severa de hombre, son los materiales que trabajosamente van sobreponiéndose en el edificio que, sobre ser deleznable como todo lo humano, está sin tregua atacado por los esfuerzos reunidos de cuantos nos rodean,

interesados, al parecer, en que si alguna cosa se levanta no sea sino la acumulación de escombros de un campo de desolación. ¿Puede comprenderse cuánta lucha, cuánta angustia hay en el honrado celo por la defensa de una obra que ha requerido cuarenta, cincuenta, ochenta años de una existencia de batalla sorda y sin brillo, de abnegaciones y por consiguiente de amarguras?

He visto al Sr. Dr. Cevallos no sobrado de bienes de fortuna, achacoso, ciego; pero con la satisfacción íntima de que su existencia no había sido estéril, de que aun cuando se le olvidase al pronto, su memoria tendría una exhumación: él, el historiador, recordaba que hasta nuestras tribus bárbaras acostumbraban erigir una *tola* á sus hombres notables; que los destellos de la lumbre de la justicia, que todo sér racional hospeda en el alma, resplandecen alguna vez aun en los pueblos donde, al creer á su prensa apasionada y al oír á sus ardientes voceros, no hubo nunca más que hombres célebres por la ineptitud ó por la maldad, y dignos solo de la apoteosis del presidio. El sabía que, tras la mortalidad, viene la inmortalidad; que las envidias, los odios, los rencores, producto espontáneo de la perversión, gusanos hórridos que devoran á los vivos, terminan cuando comienzan su labor; los que en la tumba cooperan á los horrendos secretos del sepulcro.

Nación en donde no se magnifica á los ciudadanos, no tendrá jamás magnos ciudadanos; por esto juzgo, más que obra de reparación individual, obra patriótica la que efectuamos con el Sr. Dr. Cevallos. Exhumemos, sí, al menos en honores tardíos, á nuestros compatriotas esclarecidos: alcémos-

les del polvo en que acaso se principia á sepultarles en vida y en que se les entierra hondamente después de muertos.

Perdonadle á mi férvido patriotismo que repita: ¿Podrá haber un hombre grande en los pueblos que se empeñan en que no haya sino hombres pequeños?

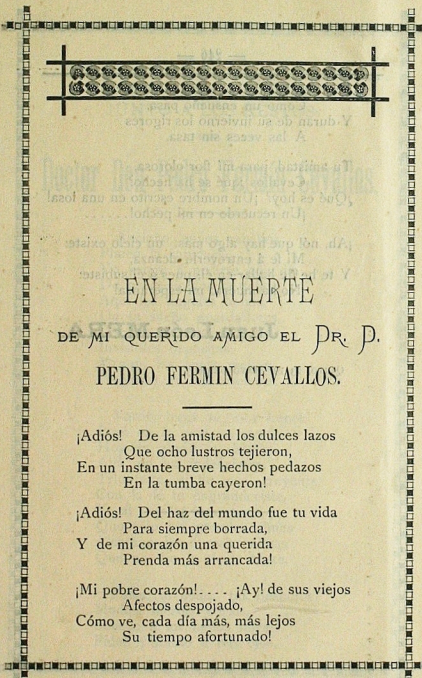
Por felicidad, nuestra patria no se contará entre esos míseros pueblos: compruébalo el acto que estamos realizando, acto esencial de vida en este recinto de la muerte.

* * * NOTA.—La composición del Sr. D. Quintiliano Sánchez y las de los jóvenes Sevilla y Darquea léanse en la sección de Poesías.

P O E S I A S .

PEDRO FERRER CERVILLOS





EN LA MUERTE

DE MI QUERIDO AMIGO EL DR. D.
PEDRO FERMIN CEVALLOS.

¡Adiós! De la amistad los dulces lazos
Que ocho lustros tejieron,
En un instante breve hechos pedazos
En la tumba cayeron!

¡Adiós! Del haz del mundo fue tu vida
Para siempre borrada,
Y de mi corazón una querida
Prenda más arrancada!

¡Mi pobre corazón! . . . ¡Ay! de sus viejos
Afectos despojado,
Cómo ve, cada día más, más lejos
Su tiempo afortunado!

Triste es la vida: su estación de flores
Como un ensueño pasa,
Y duran de su invierno los rigores
A las veces sin tasa.

Tu amistad, para mí flor olorosa,
Cevallos ¿qué se ha hecho?
¿Qué es hoy? ¡Un nombre escrito en una losa!
¡Un recuerdo en mi pecho!.....

¡Ah, nó! que hay algo más: un cielo existe:
Mi fe á entreverle alcanza,
Y te he de hallar en él, pues á él subiste:
¡No ha muerto mi esperanza!

Juan León MERA.

QUITO, 23 DE MAYO DE 1893.

JUNTO A LOS RESTOS
DEL
Doctor Don Pedro Fermín Cevallos.

Anciano, cuyos cabellos
Plateó la sabiduría,
Yo vengo á pedirte hoy día
De tu genio los destellos.
Aquí los ángeles bellos,
De tu sueño guardadores,
Coronas de tristes flores
Invisibles depositan,
Y aquí las auras recitan
Plegarias en sus rumores.

Varón, cuya augusta frente
Posó en la cruz, al morir,
Hoy es gloria tu existir
Allá, en luz indeficiente.
Triunfaste, al fin, cual creyente,
Con la fé te engrandeciste,
Y, al espirar, conociste
Que sólo las grandes almas
Alcanzan las áureas palmas
Que no dio la tierra triste.

Fuiste al edén: tus despojos
Mudos, inertes y fríos,
Sollozo á los labios míos
Piden y llanto á mis ojos.

No te causarán enojos
Los cantos de un trovador,
A quien notas de dolor
Tan sólo le da su lira;
Porque, si canta, suspira
Y son sus voces clamor.

Patriota ilustre, afligido
Turbo el sueño de tu gloria;
Padre de la patria historia,
Escúchame conmovido.
Desde que tú te has partido
A las ignotas regiones,
Llanto, duelo y aflicciones
Han fijado su morada
En esta tierra velada
De tristísimos crespones.

Tú la amaste: su ventura
Dio á tu mente inspiración,
Y dieras tu corazón
Por contemplarla en la altura.
A tu mirada fulgura
Radioso su porvenir,
Y quisieras existir
Por verla en la alteza suma,
Y consagrarle tu pluma,
Verla feliz, y morir.

Despierta! oyes? se derrumba
Tu visión y.....no despiertes;
Valen más restos inertes
Y el silencio de la tumba.
Viento de desgracia zumba

Dondequier, y desbandadas
Las letras, amedrentadas,
Se van, como aves viajeras,
Dando voces lastimeras,
En pos de ajenas moradas.

No despiertes! Si volvieras
Para narrar nuestra historia,
En sus páginas sin gloria
Llanto de pesar vertieras.
Ya las lecciones severas
Del pasado nada son;
Libertad en ilusión
Y esperanzas, que se mueren,
Cual dardos salvajes, hieren
Todo recto corazón.

Dichoso tú, que al murmullo
De las auras sepulcrales,
Rico en lauros inmortales,
Varón de la patria orgullo,
Te aduermes: nunca el arrullo
De la fama pasajera
Turba la paz hechicera
En que el genio se extasía,
Gozando el hermoso día
De la gloria duradera.

Feliz quien siente alegrías,
Feliz quien se duerme en calma,
Y tiene en el cielo el alma
Inundada en armonías.
Acá, cercado de umbrías
Donde sollozan los vientos,

A la noche, entre contentos
De arpas y cítaras de oro,
Baja un ángel desde el coro
De los perennes contentos.

Es el ángel que preside
A los estudios del sabio,
Y, en blando y sonoro labio,
A trabajar le decide.
Premios, tras la tumba, pide
Glorias para la constancia,
Y hace del sepulcro estancia
De escondidos resplandores,
Y, al irse, en vagos rumores
Deja inmortal su fragancia.

Quintiliano SANCHEZ.

CEVALLOS!

Exegi monumentum ære perennius....

HORAT., LIB. III, ODA XXX.

Mármol en que el cincel dio larga vida
A la gloria del genio soberano,
Y augusto bronce que al poder humano
Alzó la admiración orgullécida,

Duran.....mas nunca evitan la caída!
Que lo mismo que al monte, grano á grano,
Los postra el tiempo con roer arcano
Y constancia de siglos no vencida.

De la pluma no así la obra hechicera
En que brilla la luz del pensamiento
Fijado por la imprenta pregonera.

Tal ¡oh Cevallos! tu feliz talento
De la Patria en la Historia justiciera
Dejó tu perdurable monumento!

JUAN ABEL ECHEVERRÍA.

CEVALLOS.

Hoy que ofuscada de dolor la mente
Admiración consagro á su memoria,
Brilla más puro en su procerca frente
El sacro lauro que segó en la Historia.

Ah! sí, porque la muerte no es olvido
Para el que esclavo del deber, ufano
En página inmortal dejó esculpido
Su amor por el progreso ecuatoriano.

Ajeno de pasiones, la justicia
De su clásica pluma se apodera,
Y dando vida á lo pasado, inicia
Del presente el impulso y lo acelera.

En culta frase con encanto fluye
El curso de los hechos que relata,
Con qué indecible anhelo restituye
A la verdad sus fueros, y la acata.

La cátedra y el foro, el periodismo
Hallaron en su espíritu fecundo,
Guñada por la luz del patriotismo
Ciencia que crea y regenera el mundo.

Hay sombras en su cielo, por ventura?
El soplo de la tumba las ahuyenta;
Eterno día el horizonte augura
Que el disco de su gloria se presenta.

Celiano Monge.

ANTE LA TUMBA

DEL EXIMIO AMBATEÑO,

Doctor Don Pedro Fermín Cevallos.

Hablad, hablad ¡oh! tumba solitaria,
Mudas estatuas, sombras pesarosas;
Hablad también, oh brisas rumurosas,
Con vuestra voz de tímida plegaria:
El hombre calla respetuoso y mudo
E inclina reverente
La confundida frente
Ante la ley que esta verdad encierra:
El hombre es polvo y tornará á la tierra;
Pero la fama, fénix que se encumbra
A otras regiones de inmortal grandeza
Y deja de la tierra la penumbra
En donde el *genio* vaga con tristeza,
Ve allá, en la altura, con sagaz mirada,
Que la vida comienza con la muerte:
Hay allá luz inmensa que anonada,
Acá, polvo no más, ceniza inerte.....!
Esos yertos despojos
Que miro con respeto
Y ante los cuales núblanse mis ojos
Y se emociona el corazón inquieto,
Del maestro son, del que impulsó, constante,
Hacia la libertad bendita y santa,
A la generación que se levanta.
¡Llenad naturaleza
El infinito espacio
Con el grave clamor de tu grandeza!
Unico canto de infinita gloria

Para honrar de los *grandes* la memoria.....
¡Y Cevallos lo fue! que así lo aclama
Con su trompeta perennal la fama.

Hay, al pie del nevado majestuoso,
Humilde florestal que baña un río;
Es su recuerdo mi mejor tesoro
Y en mis horas de insólita amargura
Suspira el pecho mío
Por ese suelo de matices de oro
En donde vi del sol la lumbre pura;
Y ver pude algo más, cuando más tarde,
Madura la razón, busqué con calma
La luz que vigoriza con sus rayos
El corazón y el alma:
Buscaba yo en mis íntimos desmayos
Algo que no es la ciencia
Ni de pasiones rudas el deseo;
Algo, decía yo, que no lo veo
Pero acaso adivina la conciencia.
Y cuál era ese arcano? Era la IDEA,
En lucha decidida
Con la sombra y temores de la vida.....
Mas si límpido ahora centellea
En mi cerebro aquel ideal bendito
De libertad, es porque fui, sediento,
A beber en la fuente de Cevallos
Y de Montalvo, el sin igual proscrito:
Este formó de su doctrina el templo,
Con ricas joyas de diamante puro;
Pero aquel, comenzó ya con su ejemplo
Y bien sabéis que comenzar es duro.....

Este, cuyos despojos
Contemplan ¡ay! mis anublados ojos,

Enseñó con cariño
Al pequeñuelo, balbuciente niño
Que buscaba sin mengua
Los primeros ensayos de la lengua;
Y después—cuando amante de su suelo—
Quiso saber su Historia,
Y averiguó con indecible anhelo
De la Patria los triunfos y reveses,
Cevallos le enseñó; sea su memoria
Bendita una y mil veces!
La cátedra y el foro le lloraron;
La Academia y el pueblo le reclaman;
Y, al recordarle pechos que le amaron,
En suspiros se inflaman;
Pero él ya tiene fija la mirada
En lo que aguarda al *genio* tras la muerte:
Allá luz infinita que anonada,
Y acá, ceniza inerte

Dejemos que descanse; es loco empeño
Turbar con mis palabras su reposo
E interrumpirle su tranquilo sueño
Bajo el ciprés añoso.
Dejemos que descanse; mas, en tanto,
Con un respeto santo
Colocaré en su tumba una corona
De verde siempreviva y de inmortales,
A nombre de ese viejo Tungurahua
En cuya ardiente y luminosa fragua
Se retemplan las almas liberales;
Guardémosle silencio, que hable sólo
Naturaleza en su clamor inmenso:
Unico canto de infinita gloria
Para honrar de los *grandes* la memoria.

M. A. Albornoz.

GRANDEZA DE CEVALLOS.

De gozo intenso Clfo conmovida
Triunfante entona un himno de victoria,
Al conducir al templo de la gloria
De Cevallos la sombra esclarecida.

Es que al salvar los muros de la vida
Le hizo inmortal del Ecuador su Historia,
Y hoy en bronces se guarda su memoria
En letras diamantinas esculpida.

Asi la Diva le honra con largueza
Y dios entre sus dioses le declara;
Mas no está en esto su mayor grandeza

Ni blasono por ello de ser su hijo,
Sino por los suspiros que lanzara
De amor en su agonía al Crucifijo.

Fray Guillermo Angel SEVILLA.

QUITO, JUNIO 30 DE 1897.

ANTE LA TUMBA

DE MI INOLVIDABLE ABUELO

EL DR. D.

PEDRO FERMIN CEVALLOS

(EL 4º ANIVERSARIO DE SU MUERTE)

Cuatro años há que, abandonando el suelo,
Del ropaje mortal libre y desnudo,
Tu espíritu partió con raudó vuelo
Y otro mundo mejor columbrar pudo.
De entonces, ¡ay!, á la orfandad y duelo
Tu prole condenada, al dardo rudo
De atroz é infausta suerte siempre herida,
En brazos del dolor pasa la vida.

Desamparado está el hogar querido
Que animaba el calor de tu presencia,
Tronchado el árbol y deshecho el nido
Do feliz sonreía la existencia.
Cuando del pecho al postrimer latido,
Diste el adiós de la perenne ausencia,
Las dichas y placer contigo huyeron,
Y contigo, en la tumba, se perdieron.

Cuando ese mármol sepulcral y frío
Despiadado ocultó de nuestros ojos,
En su recinto fúnebre y sombrío,
De tu sér los carísimos despojos,
La vida de ilusión, volvióse hastío,
Nuestras flores trocaronse en abrojos.
Todo desapareció cual humo vano
Al fatal soplo de terrible arcano.

Sin norte ni timón con rumbo incierto
Surcamos hoy el mar de nuestra vida;
¿Y quién nos guía si el piloto ha muerto,
Y por contrarios vientos combatida
La nave presa es ya del desconcierto
Y juguete de la ola embravecida?
¿Si se extinguió su refulgente faro,
Qué luz dará su bienhechor amparo?

Mas nó, que del destino al recio embate,
Tu mismo nombre y plácida memoria
Nos hace resistir, y en el combate
Siempre alcanzar los lauros de victoria.
Si nuestro pecho de dolor se abate,
Los nítidos destellos de tu gloria
Le animan con su luz vivificante,
Con solícito amor y afán constante.

De llorarte perdido al cruel tormento
Buscamos hoy consuelo y lenitivo;

Queremos expresar con tierno acento
Nuestro inmenso dolor y afecto vivo,
Levantando el grandioso monumento
Que al mundo diga en ademán altivo:
La filial gratitud es un tesoro
Preciado mucho más que el mármol y oro.

Hétenos, pues, aquí padre modelo,
Al redor de tu huesa solitaria,
Deseando todos con ardiente anhelo
Lanzar por tí una férvida plegaria.
Escúchanos propicio, rasga el velo
Que denso cubre tu urna funeraria,
Y dignate aceptar mi humilde canto
Sencilla ofrenda del dolor y el llanto.

R. ALBERTO MARQUEA CEVALLOS.

QUITO, JUNIO 30 DE 1897.

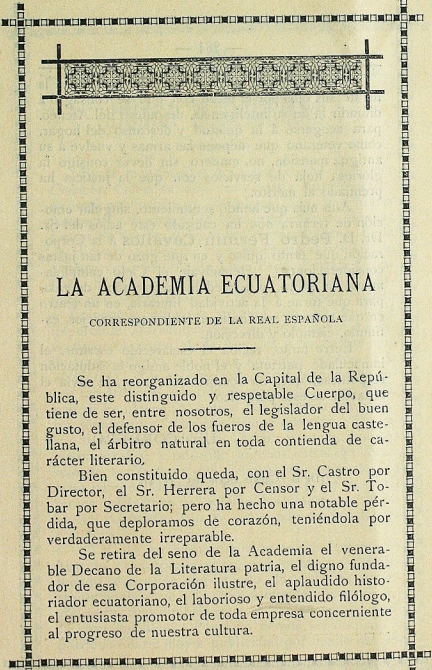


RASGOS DIVERSOS

ANTERIORES Y POSTERIORES

A SU MUERTE





LA ACADEMIA ECUATORIANA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

Se ha reorganizado en la Capital de la República, este distinguido y respetable Cuerpo, que tiene de ser, entre nosotros, el legislador del buen gusto, el defensor de los fueros de la lengua castellana, el árbitro natural en toda contienda de carácter literario.

Bien constituido queda, con el Sr. Castro por Director, el Sr. Herrera por Censor y el Sr. Tobar por Secretario; pero ha hecho una notable pérdida, que deploramos de corazón, teniéndola por verdaderamente irreparable.

Se retira del seno de la Academia el venerable Decano de la Literatura patria, el digno fundador de esa Corporación ilustre, el aplaudido historiador ecuatoriano, el laborioso y entendido filólogo, el entusiasta promotor de toda empresa concerniente al progreso de nuestra cultura.

Rendido por el incesante trabajo, menguada la luz de sus ojos por el tesón con que se consagró á difundir la de su inteligencia, despídese del Ateneo, para acogerse á la quietud y descanso del hogar, como veterano que depona las armas y vuelve á su antigua mansión, no, empero, sin llevar consigo la gloriosa hoja de servicios con que la justicia ha premiado al mérito.

Aun más que hondo sentimiento, singular emoción de ternura nos ha causado este adiós del Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos á la Corporación que tanto quiso y en que gozó de tan justas consideraciones. ¡Devuélvale el Cielo cumplidamente la salud, y concédale largos años de vida, para que torne á la actividad literaria, en un teatro en que todavía son indispensables sus consejos, estímulo, ejemplo y dirección.

Entre tanto, reciba el esclarecido escritor, el inmaculado patriota y el noble amigo la salutación respetuosa, que, en nombre del Azuay, le envía el redactor de este periódico.

LUIS CORDERO.

(De la "Gaceta Cuencana". N° 4).

HONRA ECUATORIANA.

En la monumental obra que, con el título de: *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes y descubrimientos*, está publicando en Barcelona, Don José María Ascencio, Director de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y miembro correspondiente de la de Historia, hemos encontrado citado el nombre de nuestro viejo historiador Don Pedro Fermín Cevallos. El autor de la verdadera joya artística y científica que editan con gran lujo los Señores Espasa y Compañía, principia su obra con una erudita é importante *Introducción*, en la que se ocupa de investigar el origen de la América y examinar con ilustrado criterio las varias leyendas relativas á la *Atlántida*; y es en esta especie de monografía sobre tan árduo y debatido punto de la Cosmogonía, que el Sr. Ascencio, ocurre á la autoridad de nuestro compatriota (al mismo tiempo que cita á Chavero, Ben Israel, Baldwin, Fostera y otros famosos historiógrafos) y transcribe algunas líneas del *Resumen de la Historia del Ecuador*, en las cuales se trata aunque de paso, del origen y de los primeros pobladores del mundo descubierto por el inmortal Genovés, bajo la protección de los Reyes Católicos.

Tal cita, en cuestión que no es simplemente de historia ecuatoriana, y en una obra que está llamando la atención del mundo ilustrado, es doblemente honrosa no sólo para el distinguido autor del *Resumen*, sino también para la Nación que le cuenta entre sus hijos. Por esto hemos creído justo y patriótico darle mayor publicidad por medio del pe-

riodismo local, ya que la obra en referencia no puede ser muy conocida en todos nuestros círculos sociales. Por lo demás, cúmplenos felicitar al Sr. Dr. Cevallos, quien podrá ver en el ocaso de la vida que, por lo menos, la Fama se encarga, de premiar sus improbables trabajos, llevando su nombre esclarecido por los ámbitos del orbe civilizado: sus ojos velados para la luz solar, no lo están aún para las apacibles irradiaciones de la Gloria! Ojalá que el estímulo vigorice su espíritu, y procure utilizar, aun en medio de los achaques, los preciosos días de su vida, en bien de la generación presente y de la posteridad! Para ello bástale continuar nuestros anales contemporáneos hasta la época actual, aunque no sea sino para legarnos la inestimable herencia de una obra *póstuma*: felizmente no le falta á nuestro historiador una hija cariñosa que, cual íntima y fiel secretaria, recoja sus pensamientos y los perpetúe por medio de la escritura, á imitación de las hijas de John Milton.

Sean cuales fueren las exigencias de la pasión política, que regularmente ciega á los hombres y los convierte en campeones de la injusticia; es indudable que el historiador de que nos ocupamos reúne todos los caracteres de idoneidad que son necesarios, con cualquier sistema literario y filosófico, para rendir culto dignamente á la severa Clío. Así, aunque no encontremos en su Resumen la profundidad de Tácito, ni las enérgicas declamaciones de Raynal, Gibbon ó Macaulay, que indudablemente encantan al lector ilustrado; ni la forma poética y galana de Tito Livio, Lamartine y los de su escuela; en cambio no podemos dejar de admirar la exactitud y claridad de la narración, la imparcialidad de criterio, la moderación de principios, la lógica y la moral de las conclusiones y la pureza del lengua-

je que gallardean en toda la obra. De esta manera, la personalidad literaria del Dr. Cevallos se destaca honrosamente entre la de los primeros historiadores hispano-americanos, tales como Pruneda, Baralt, Restrepo, Paz Soldán, Barros Arana, Magariños Cervantes, Mitre, &ª, &ª Especialmente con D. Rafael María Baralt tiene marcadísimos puntos de contacto; que ambos escritores, filólogos consumados, se distinguen singularmente por el corte clásico de la frase y la pureza con que manejan el armonioso y rico idioma en que escribieron el P. Mariana y Antonio de Solís la *Historia de España* y de la *Conquista de Méjico*, respectivamente.

Como el ilustre é infortunado bardo del Zulia, el prosador ambateño, no ha limitado su fecunda actividad á los trabajos históricos, sino que también se ha dedicado con esmero y éxito notable á purificar entre nosotros el habla que heredamos de la Metrópoli. Su "Breve catálogo de errores, en orden á la lengua y al lenguaje castellanos", y el importante apéndice "Algo sobre galicismos", son opúsculos que pueden figurar dignamente al lado del célebre *Diccionario* de aquél y de las "Apuntaciones críticas", del sabio filólogo colombiano don José Rufino Cuervo; aunque no tenga la extensión de estas obras notavilísimas.

También ha sobresalido el Sr. Dr. Cevallos, como jurisconsulto incorruptible y eminente, y ha enriquecido la bibliografía nacional con su apreciable tratado de "Derecho práctico", único texto de esta naturaleza que se conoce en nuestras universidades. Hoy, finalmente, sobreponiéndose á rebeldes acháques; continúa nuestro ilustre compatriota en incesante labor literaria, como Director de la Academia Ecuatoriana, correspondiente de la Real Española de la lengua, y á su iniciativa y constan-

cia debemos, en gran parte, las importantes *Memo-
rias* que, desde hace algún tiempo, viene publican-
do tan docta Corporación, con honra propia y de las
letras ecuatorianas.

Manuel N. ARIZAGA.

(De "Los Andes" de Guayaquil).

EL DOCTOR DON
Pedro Fermín Cevallos.

Hemos dado á conocer distintas notabilidades científicas y literarias de diferentes repúblicas americanas. Hoy nos toca insertar el retrato de una personalidad de alta significación en el campo de las letras de América. Nos toca hablar del Dr. Don Pedro Fermín Cevallos, célebre historiador y jurisconsulto ecuatoriano, hijo lejítimo de don Mariano Cevallos y de doña Victoria Villacreses.

Nació en Ambato el 7 de Julio de 1812.

Las enseñanzas secundaria y superior las recibió en el antiguo colegio de San Luis y en la universidad de Quito, y obtenidos los grados de bachiller y de doctor en cánones y leyes, se incorporó al

colegio de abogados, en 1838 con el lucimiento correspondiente á sus claros talentos.

Como diputado por la provincia de Pichincha, concurrió al Congreso de 1847, y por la asamblea nacional de 1852 fue nombrado secretario de ella. En el mismo año desempeñó, por algunos meses, el cargo de ministro de estado, en el gobierno del presidente Urbina, y poco después el de ministro fiscal de la corte superior de Guayaquil. En 1853 fué promovido á la plaza de ministro juez de la corte superior de Quito, en la cual se conservó hasta 1858, mereciendo el aplauso general.

En 1867 publicó las *Instituciones del derecho práctico ecuatoriano*, y habiéndoselas declarado como texto por el consejo general de instrucción pública, obtuvo en propiedad la cátedra de este ramo.

En esta misma época fue nombrado senador por la provincia de Tungurahua, para el congreso que se reunió en el indicado año, y fue nombrado por él como uno de los tres individuos de la comisión codificadora.

En 1870 publicó la primera edición de la importante obra titulada: *Resumen de la Historia del Ecuador*, en cinco tomos, y poco después, también, la primera edición del *Compendio* de la citada obra, del cual, habiéndose declarado igualmente como texto de enseñanza, hizo una segunda edición en 1885.

Antes de esta fecha, publicó también la 5ª edición del *Breve catálogo de errores en orden á la lengua y al lenguaje castellanos*, y en 1886 la 2ª edición del citado *Resumen*, con el agregado del tomo 6º

El 4 de Mayo de 1875 fue instalada la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española, y por ella fue nombrado el Sr. Cevallos su primer director, destino que desempeñó brillante-

mente hasta 1890, en que tuvo que dejarlo á causa de haber cegado.

En 1876 fue nombrado ministro de la suprema corte de justicia, y dejó de serlo por haber sobrevenido la revolución del General Veintemilla en dicho año. En 1883 fue igualmente nombrado para la misma plaza, y desempeñó este destino hasta marzo de 1890, en que lo renunció, por motivo de la ceguera.

Como historiador y como hablista, el Dr. Cevallos es el decano de los escritores y literatos del Ecuador, y uno de los más distinguidos de América. Como jurisconsulto, se ha levantado mucho del nivel común, por su ilustración y honorabilidad; y como hombre político, se ha hecho apreciar por la moderación de principios y la independencia de carácter, no menos que por su desinteresado patriotismo.

Nada debíamos decir de la vida privada del Sr. Cevallos en este esbozo, trazado al correr de la pluma; pero insinuaremos siquiera que, además de todos sus notorios merecimientos, le adornan una modestia admirable y tal suavidad de carácter, que raya en mansedumbre.

(De "El Perú ilustrado" de Lima N.º 216).

Nota bibliográfica.

RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR DESDE SU ORIGEN HASTA 1845, POR PEDRO FERMÍN CEVALLOS (*Individuo de la Academia Ecuatoriana y correspondiente de la Real Española*) Guayaquil. Imprenta de "La Nación"—6 tomos en 8º 1886 y 1887.

Hemos recibido los dos primeros volúmenes de esta obra, cuya segunda edición se imprime actualmente en Guayaquil. Como trabajo tipográfico, aunque bastante malo, lo es menos que muchos otros que conocemos de aquella República. El mismo autor, en carta que tenemos á la vista, se expresa así hablando de la impresión de la obra, aunque se afirme en la portada que ha sido revisada por él: "Le envío el *Resumen de la Historia del Ecuador*, del cual se está haciendo la segunda edición. Al remitirle éste lo hago con vergüenza porque tras el corto mérito de la obra, se halla plagada de mil errores tipográficos, hasta el extremo de haberse aún omitido renglones enteros. La edición se hace sin enviarme las pruebas para su corrección".

Los seis tomos de que la obra consta, comprenden: el 1º la historia de los aborígenes y la de la conquista, hasta el establecimiento del primer gobierno colonial; el 2º el período de la colonia; el 3º la revolución de la independencia, 1809—22; el 4º el período colombiano, 1822—30; el 5º la época ecuatoriana hasta 1845; y el 6º la geografía política.

Es el Sr. Cevallos un escritor sobrio y castizo, de limpio y agradable estilo, casi siempre llano y nunca enfático ni apasionado.

Suele, empero, cuando describe, comunicar cierta animación á la frase, dar relieve á los personajes, en cuyo espíritu penetra con facilidad, y animación y colorido al paisaje.

Aunque la historia está especialmente destinada á la narración y juicio de los hechos humanos, es á la vez, ó debe serlo, una obra de arte cuya lectura enseñe y deleite. El autor del *Resumen* consigue lo último, no premeditadamente, porque huye de intento del *efectismo* novísimo, sino en virtud de la sencillez del estilo é ingenuidad de la expresión.

En prueba de este aserto, basta leer, en el segundo volumen, las descripciones de la naturaleza ecuatoriana y la narración de las catástrofes producidas en el Ecuador por sus tremendos volcanes.

Mal puede juzgarse definitivamente del valor histórico y literario de la obra sin conocerla por completo, pero ella es tenida en el país del autor por la mejor en su género.

El volumen primero, que comprende la historia de los aborígenes y la conquista española es, en parte, un extracto de la *Historia del Reino de Quito* por Juan Velasco, aunque el autor se separa de su texto siempre que halla otra autoridad histórica (la de Prescott especialmente) mejor documentada ó mas conforme con el buen criterio.

La limpidez del lenguaje, libre de perífrasis y galicismos, el buen método expositivo, y un amor honrado por la verdad y la justicia, visible en toda la obra, aquilatan su mérito y honran á su ya anciano autor.

(De "El Rio de la Plata" de Buenos Aires, N° 33).

LA JUBILACION

del historiador Cevallos.

I

Parecíanos próxima la aurora de mejores días para la Patria, de aquellos en que la ciencia y las virtudes cívicas cuenten con eficaces estímulos. En una sociedad bien constituida, no se contenta la justicia con la simple represión del delito; también exige premios para las acciones que lo merezcan.—*No!* ha dicho el Senado del año 90, al rechazar el proyecto, mediante el cual la Cámara de Diputados quiso coronar, como á hurtadillas y en nombre de la Nación, á su notable historiador don Pedro Fermín Cevallos.

Como la letra de la ley es en la que se han apoyado los HH. Senadores para esta negativa, á nosotros, partidarios de la constitucionalidad *suficiente ó insuficiente*, no nos cumple vituperar su conducta, si bien lamentamos el exceso de prudencia en nuestros Legisladores, que por acotar las demasías de un poder casi siempre arbitrario, privó al Congreso de uno de sus más preciosos atributos: el de recompensar el mérito. No siempre tenemos Cámaras independientes, verdad; pero ha logrado con esta restricción la Asamblea del 84 cercenar al Ejecutivo su omnipotencia? El sólo nombra á sus Gobernadores y Ministros, él sólo á sus Plenipotenciarios cómo y cuando le parece, él lo hace todo: fi-

guraos si disminuirá su camarilla ó el número de sus siervos! Y el poder supremo, entre tanto, el Legislativo, nada puede. Buena es la prudencia; pero como la de la serpiente, dijo el Evangelio, y har-to que la probaron nuestros primeros padres.

Y humilde y casi miserable ciertamente era la proyectada corona, y con razón como que se ruborizaba la Patria en ofrecerla al agraciado; pero corona al fin y la primera que para el mérito positivo tegieran sus manos, era de alta significación en nuestra historia, el principio quizás de una nueva éra, la del verdadero imperio de la justicia; pues ni pasiones de bandería ni otro móvil indigno la hacían despreciable ó sospechosa. Y no se diga que en materia de honores y recompensas hayan sido cutres nuestros anteriores Congresos: siquiera en *decretos*, hasta pródigo se ha mostrado siempre el Ecuador, en sus transportes de noble gratitud ó rematado servilismo, ya para manifestar su reconocimiento á Héroes como los Vencedores de Pichincha, ya para engañarse á sí mismo, dorando las cadenas de su esclavitud, como con casi todos sus tiranuelos. Más con las virtudes modestas, sobre todo durante la existencia de quien las cultiva; para con los esfuerzos sostenidos de la inteligencia, en su afán de procurar luz para sus hermanos; primera vez que risueña abría los ojos la Patria, y abrazando el cuello de un respetable anciano, iba á estampar en su frente un beso.—Inconveniente le ha parecido éste al H. Senado: respetémosle en su austera gravedad.

Pero ha habido consecuencia en sus actos? Muy venerables pueden ser y muy ilustres los SS. *Obispos dimisionarios* presentes y futuros, para quienes no ha existido la Ley que al Sr. Cevallos le dice *vade retro*. Puede publicarse y ser muy bue-

na la historia del Sr. Canónigo González Suárez, para cuya edición vota el Congreso una no despreciable suma. Pero á más de que la Ley es para todos, el mérito de nuestro historiador no es contingente ni probable su obra: ésta en nuestras manos está; y las virtudes de aquél son de todos reconocidas. Pero ya se vé, no es Obispo, no Canónigo: muera por tanto aquí en la oscuridad y la miseria!

II

En la oscuridad? . . . cierto que, nadando ahora su alma en tinieblas, "sólo un color hay para ella en la naturaleza, y ese . . . el de luto!" Pero oscuro el nombre de don Pedro Fermín? Y si exceptuamos los considerandos del mencionado decreto ¿qué gran lustre en esa especie de óbolo, puesto en su bolsillo como por caridad; ni qué mucho la confesión *oficial* de una fama, respetada ya no sólo en el Ecuador, sino un poquito más allá de sus límites? Para hombres como él, cosas son éstas que apenas si merecen una sonrisa, y bien melancólica por cierto, cuando con pié vacilante tocamos el borde mismo de la tumba. La esperanza de galardón más indisputable en las moradas de la luz indeficiente y las dulzuras de una conciencia siempre tranquila, he ahí el blanco de filósofos á lo Cevallos. Exageramos su desprendimiento: sí le hemos inferido una nueva herida con nuestra inconsiderada *festinación*. En el Ecuador, el verdadero mérito resuscita después de siglos. Ayer apenas como que se despertó Abdón Calderón; ya, ya está por ponerse de pié Vicente Solano, y Montalvo. . . . vaya! para que no se despierte no apedreamos todavía su tumba. Y como una de las virtudes más preciadas de D. Pedro Fer-

mín ha sido su acendrado amor á la Patria, sí debe dolerle el dejarla ciega y sorda todavía á la luz y á la voz de Justicia más brillante y elocuente que la que en sólo Códigos campea.

Es conservador, es liberal D. Pedro Fermín? Primera vez quizás que la opinión no se ha hecho esta pregunta, para juzgarle y rendirle justo homenaje. Ni para qué, si en él vemos todos el *vir bonus dicendi peritus*, como al orador definían justamente los antiguos? Y hombres de esta naturaleza se imponen, sin necesidad de ejecutorias firmadas por parcerías. Varón probo á carta cabal, superior siempre al espíritu mezquino de partido, más contento con el oscuro cultivo de la virtud que con el ansia de hacerla brillar por ocultas miras; no era posible que este repúblico, vaciado en la turquesa de mejores tiempos, hallase su puesto en nuestras filas militantes, porque ni nació para esclavo, ni para esto de vivir muriendo en lucha interminable contra la arbitrariedad y la hipocresía. Más como en una alma levantada tampoco es posible la bestial indiferencia, sí ha tomado el Dr. Cevallos, en la vida pública de la Patria, parte más que suficiente para volver con más amor y prisa al apacible retiro del hogar; no sin varios rasguños en el corazón, por supuesto, ni exento de los frutos de la injusticia de los abanderizados, apesar de haber sido él incapaz de inferir jamás á nadie la más leve ofensa. A intervalos por tanto, y no en primer término, ya que nunca la ambición hirvió en su alma, ora en la Magistratura judicial, ora en la política, ha brillado siempre con esa luz pura y tranquila que en el centro de su familia, con la luz envidiable de la virtud sin mancha.—Esto como *vir bonus*, que en cuanto al *dicendi peritus*, ya plumas mejores que la nuestra le han hecho cumplida justicia.

III

No ha sido en verdad la tribuna el teatro del Dr. Cevallos; pero cuántos tesoros de inteligencia y saber en las nutridas páginas de su *Resumen!* Censúrenle otros cuanto quieran la falta de exactitud en varios detalles, cierta cobardía ó timidez en no pocos de sus fallos, algunas inconsecuencias en sus apreciaciones, con relación al criterio principal de la historia, esto es, con relación á la elevada filosofía, en cuyas alas debe el historiador espaciarse por sus ámbitos, etc., etc. Pero para quien sabe lo que es escribir un libro en el Ecuador; para quien haya experimentado la extrema dificultad, en esta tierra, de dar con los materiales que una obra de esa laya exige; para quien haya topado alguna vez con esta apatía de una sociedad muerta y sin estímulo por tanto para el trabajo intelectual, y con Gobiernos de ordinario sin otro ideal que la satisfacción de miserables pasiones; el nombre de nuestro historiador, por su sostenida laboriosidad cuando nada, tiene que ser en extremo querido y sobre modo acatado. En época más feliz, tendrán quizás nuestros nietos mejor historia; pero se amortiguará por esto ni un ápice el esplendor de la auréola que esa frente circuye?

Imposible no es, en verdad, que también América tenga su Tácito, vengador inflexible de la humanidad é inexorable flagelador de tantos invecundos ambiciosos que, después de postrar, han envilecido nuestras Repúblicas. No es difícil que un Macaulay andino, escudriñando nuestras crónicas con mirada profunda, dé á cada cual lo suyo, y poniendo la justicia y la verdad en su puesto nos muestre una región más serena que la mezquina en donde á oscuras se desarrollan nuestros destinos.

Y aún acaso tengamos un Gibbon que, con indolente sonrisa, nos cuente la decadencia y ruina de esta pequeña Roma, viuda-virgen de la omnipotencia y de los fulgores cesáreos, si bien heredera de las desventuras é ignominias de la primera: Sí, “la Historia no es la simple repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y épocas diferentes”; ni menos todavía “la mera comprobación de fechas”, por más que sea un Chateaubriand quien lo afirme. Si el afán de la Historia no ha de ser estéril, ni es su blanco el satisfacer la vana curiosidad; más levantado ha de ser su espíritu y más sublime su magisterio: no se engolfé en la fatigosa narración ni se ahogue en números; muéstrenos el punto de partida, en la peregrinación de un pueblo, y la cima á donde está llamado y que necesariamente ha de coronar, si en verdad es digno de historia; ó lo que es lo mismo, deduzca de lo pasado lecciones para lo presente y luz para lo porvenir.

Mas el crítico que en este punto censura al Dr. Cevallos tiene que tomar en cuenta el tiempo y el lugar que, contra su voluntad de seguro, le han tocado como hombre y como escritor. No han sido color de rosa los días de la patria, durante la existencia de nuestro respetado patricio. Debíó estar muy joven cuando aquella escena del General Otamendi, en Riobamba, y que él mismo con tanta gracia nos refiere. Y bien, como de entonces acá la sucesión de los negros Otamendis y la repetición de esas lanzas en ristre sobre toda ley y derecho han sido incesantes, no nos suspende el melancólico pesimismo que entraña el epígrafe escogido por nuestro autor y que es como el alma de su obra; lo que nos maravillara sería que, apesar de haber sido testigo de *tales proezas*, aun conservase, como nosotros locos, fé inquebrantable en la perfectibili-

dad de nuestra especie.

No por esto se juzgue que consideramos puramente relativo el mérito del Dr. Cevallos: su obra no perecerá; en ella deja su nombre grabado como en granito. Esto de borrar hasta disparates, como nosotros, harto común es y por desgracia muy hacadero: con descoco y audacia está hecho el gasto. Pero eso de dejarse leer de principio á fin, como si por casualidad apuramos un vaso de champagne, sin asomo de fatiga, con interés siempre creciente y con dulcísima y no razonada satisfacción... propio es tan sólo de escritores eminentes, de esos ingenios felices que llegan á obtener palma envidiable, mediante aquella cosa tan fácil de decir y tan ardua de adquirirla á maravilla: el *estilo!* y éste únicamente es el sello infalsificable de las dotes intelectuales, y éste sólo el que abre á un escritor las puertas de la inmortalidad. E irreprochable casi, en este punto, don Pedro Fermín: envidiable corrección y casticismo en la palabra y en la frase, concisión sin oscuridad, claridad sin difusión, elevación nunca desmentida en el pensar, rectitud en el sentir, amenidad en las descripciones, sagacidad suma al penetrar en las causas de los sucesos y en las intenciones de los actores, juego vividor cuando la materia lo requiere, increíble y sencilla ternura en la narración, como en la muerte del Libertador por ejemplo, parsimonia en los adornos, elocuencia brotada de la naturaleza misma de los asuntos que toca, etc., etc. todo campea en nuestro Resumen, como en su propia casa, todo nos manifiesta la riqueza del pincel de tan afortunado artista.

Y he aquí otro motivo de nuestra gratitud para con el Sr. Cevallos; él fue el primero que dio el grito de alarma contra la corrupción completa y escandalosa del habla de nuestros padres, y el prime-

ro que con el ejemplo nos dijo: "no sois indios, no franceses; hablad castellano!" Si bien para la regeneración radical de nuestras letras, hubo necesidad de más eficaz ejemplo y de voz más estentórea que los de un pacífico historiador; fue preciso decimos, un Genio-tempestad y una voz trueno, como Montalvo.

Tal es, en incorrecta miniatura, D. Pedro Fermín Cevallos, como ciudadano y como escritor; *inferior* sin disputa, en virtud y letras, según el parecer del H. Senado, al Ilmo. Pozo, por ejemplo, para quien ha callado la misma Ley, que tan gritona se muestra con el historiador patrio, que va apagándose ciego y en hogar. no de príncipe por supuesto!

Mas si el vivo y desinteresado aprecio de todos sus conciudadanos, sin distinción de colores, es algo más para el Dr. Cevallos que una mezuquina jubilación, ensánchese su alma; en este abrazo de un patriota oscuro pero imparcial, palpita de seguro el corazón de todo el Ecuador ansioso de justicia.—Como no dudamos de su fortaleza en la adversidad, largo, largo sea y tan tranquilo y sereno como de una tarde de Julio el ocaso de nuestro ilustre anciano, cuya apacible sonrisa no disuena al lado del fruncido entrecejo del bilioso autor del Diccionario de galicismos y también historiador, del inmortal Baralt.

ABELARDO MONCAYO.

(Del "Diario de Avisos" de Guayaquil, N° 748).

REVISTA ESPECIAL

PARA "EL SIGLO XIX"

Ambato, Junio 1º de 1897.

Señor Director:

Guayaquil.

.....

 Talvez en el Congreso ordinario, tendrá favorable acogida la patriótica idea que tienen algunos Diputados de votar en favor del benemérito Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos una pequeña pensión mensual de cien sucres, como un testimonio de gratitud por los importantes servicios que ese nobilísimo anciano ha prestado á la causa de la civilización y progreso de su Patria. La mitad de su vida la ha gastado el Dr. Cevallos en el más laborioso de los estudios, en el de formar la Historia del Ecuador; y si bien esta obra dista mucho de ser perfecta en su clase; tiene en cambio méritos incuestionables, y será para siempre un monumento de orgullo para la República; pasando el nombre de su ilustre autor como uno de los más gloriosos é inmortales entre los bienhechores de la humanidad. Y no solamente ha servido el Dr. Cevallos á la Patria como historiador, sino que también la ha ilustrado como notable literato, como profesor de jurisprudencia en la Universidad Central, como codificador, como Senador y como uno de los más distinguidos Ministros

de la Corte Suprema. Tanto trabajo, tanta consagración al estudio, le han traído la ceguera; y allí está ese venerable anciano resplandeciente en las tinieblas que le rodean, derramando aún rayos de luz por todas partes y sirviendo de vivo ejemplo á los que desean seguirle en su largo camino de virtudes y grandes cualidades. ¿No sería, pues, digno de los mayores aplausos que el Congreso de 1890 atienda á las necesidades de ese noble ciego, que ha pasado cuarenta años de su vida honrando á su Patria, sirviéndola con interés y completa abnegación? Se premia á los que nada hacen; se ha votado gruesas sumas en favor de tales ó cuales espadachines; se hacen ingentes gastos en pagar á los mismos que devoran al pueblo; pues cómo no se ha de acudir al socorro de un varón ilustré que como el Dr. Cevallos necesita descansar después de tanto trabajo, y ahora que tiene la desgracia de estar ciego y en los últimos días del invierno de su vida? ¡Oh Legisladores de 1890! bendito sea vuestro feliz pensamiento: haced este acto de justicia y recibiréis los aplausos de todos los ecuatorianos que ven en el Dr. Cevallos una honra, una gloria nacional!.....

Hasta otro correo; soy de Ud., Sr. Director, su muy obsecuente servidor.

JUAN B. YELA.

JUSTICIA AL MÉRITO.

(De "El Telegrama" de Quito, N° 224).

Reproducimos como acto de estricta justicia, el que la Junta Administrativa del Colegio Nacional de Bolívar acaba de practicar en honra del benemérito y respetable Decano de la Academia ecuatoriana, el Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos. Muy justo es que nuestro distinguido historiador y honorable anciano, reciba antes de cerrar sus ojos, el público testimonio de estimación y respeto que la actual generación tributa á sus virtudes y talentos; estimación y respeto que crecerá en las generaciones futuras, á las cuales pasará el nombre del Dr. Cevallos, rodeado de la aurora de pacífica gloria que se ha conquistado á fuerza de estudio y de labor constante.

He aquí el decreto:

LA JUNTA ADMINISTRATIVA DEL COLEGIO NACIONAL BOLIVAR,

Teniendo en cuenta que el ilustre decano de los escritores nacionales, Sr. Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, con el cuantioso obsequio de obras importantes ha fundado la Biblioteca pública de este establecimiento; y que con sus luminosos escritos históricos y filológicos ha dado lustre á las letras ecuatorianas,

ACUERDA:

Mandar trabajar con uno de los mejores artistas de Quito un retrato al óleo del benemérito an-

ciano, para colocarlo en el Salón de actos del Colegio; pues de esta manera, al propio tiempo que se le tributa un homenaje de reconocimiento y admiración, se estimula á la juventud estudiosa presentándole un ejemplo digno de ser imitado.

Dado en la Sala de sesiones, en Ambato, á 4 de Junio de 1890.

El Rector, *Ricardo Martínez*.—El Profesor de Literatura, *Francisco Moscoso*.—El Profesor de Filosofía, *Celiano Monge*.—El Profesor de Matemáticas y Física, *Elias Garcés Ricaurte*.—El Profesor de Francés, *Augusto N. Martínez*.—El Profesor de Latín, *Francisco Darquea*.—El Secretario, *Ricardo Callejas*.

Es copia.—El Secretario del Colegio, RICARDO CALLEJAS.

NUESTRO GRABADO.

Don Pedro Fermín Cevallos

En la Humanidad hay grandes virtudes; pero también grandes debilidades.

Un título pomposo y un uniforme nuevo bordado de oro, bastan á veces para provocar entusiasmos delirantes.

Los alamares y relumbrones están siempre de moda, y el ruido de la música apaga siempre el de la pica de los obreros.

La Humanidad es un niño dispuesto constantemente á celebrar el ruido, la forma, el color, todo lo que viene rodeado de aparato y hiere agradablemente sus sentidos; pero rara vez este niño caprichoso é impresionable quiere penetrar en el humilde taller de los obreros de la inteligencia y hacer justo homenaje á la obra y al artífice.

Muy pocos son los genios que han visto en sus sienas la gloriosa corona de laurel que adornó á Zorrilla.

La regla general es la indiferencia y el olvido.

Entre nosotros ha habido un hombre ilustre, y ya muy poco recordado por los nuestros, que merecía en vida una corona y después de su muerte una estatua.

Este es don Pedro Fermín Cevallos, el primer Historiador de la República.

Acometer en este país obra tan grande como la de escribir una historia, en medio de elementos deficientes y luchando con obstáculos de todo género, es empresa de romanos que requiere fuerzas superiores y una voluntad de hierro.

Don Pedro Fermín Cevallos se impuso esta gigantesca labor y echó las bases de ese magnífico monumento de Historia Nacional que ha comenzado á levantar después otro hombre ilustre: el doctor Federico González Suárez.

El primero halló el campo estéril y lo fecundizó con labor ímproba. Su sucesor perfeccionó el trabajo y recogió una abundante cosecha; pero la gloria es del que trazó el primer surco.

Muchos años erró Cevallos en el laberinto de nuestros archivos; y de allí salió con la pluma de Tácito para resucitar el pasado.

Allí está su obra perpetuando su nombre esclarecido á despecho de todos los ingratos.

El autor duerme ya el sueño eterno de la tumba. Su existencia fue una lucha desesperada contra la adversidad, y cuando la justicia vino al fin á tenderle una mano protectora, se abrían para él las puertas de la eternidad y desaparecía de la escena de la vida sin aprovechar del tardío beneficio que se le dispensaba.

EL GRITO DEL PUEBLO se honra hoy presentando á sus lectores el retrato de don Pedro Fermín Cevallos que no debía faltar en su galería de celebridades contemporáneas.

(De "El Grito del Pueblo" de Guayaquil, N.º 670).

Puebo, 4 de Marzo de 1897.

Sr. Dr. Don Juan B. Vela.

Quito.

Distinguido amigo mío:

La última vez que tuve el agrado de estar con Ud., le oí decir que el Sr. Dr. Don Pedro Fermín Cevallos había sido tío suyo; motivo por el que, y por ser Ud. notable hombre de letras, además de excelente patriota, dirijo á Ud. esta carta.

En una de las sesiones de la Academia, tres ó cuatro semanas há-propuse-y mi propuesta fué acogida con entusiasmo, que la Corporación colocase en la tumba de su primer Director una lápida que con-

servase, al menos con la efímera inmortalidad del mármol, la memoria del iniciador de los estudios históricos del país, del decano de nuestros lingüistas y, lo que vale más que todo esto, del ciudadano probo, del modesto y laborioso obrero de la cultura pacífica, cierta, honorable, dirélo así, de la Patria ecuatoriana.

Alberdi, si no me equivoco, expresa entre las causas de las frecuentes revoluciones de nuestras malaventuradas Repúblicas, la prodigalidad con que se erigen monumentos, se dedican paseos y calles á cualquier guerrero de heroísmo dudoso y de aun más dudosas virtudes, mientras los hombres de ciencia, de letras, los filántropos, los verdaderos benefactores de la humanidad se llevan consigo los propios nombres ascendidos sin duda por la misma evaporación luminosa de sus méritos: por esto en Sud-América, al contrario de lo que pasa en Europa y en Estados Unidos, no hay estatuas que recuerden sabios, ni sabios que merezcan estatuas, ya que no se les hace surgir de nuestras sociedades por alguno de los estímulos que todos necesitamos para no perdersnos en el polvo común que huellan generaciones nacidas sólo, al parecer, para aumentar en breve los granillos de ese mismo polvo.

¡Qué estímulo, qué propulsor tan poderoso del progreso y felicidad de estas nuevas sociedades no sería el dar los nombres de los sabios, de los buenos, de los patriotas honradamente pacíficos, á las escuelas, á los colegios, á las plazas, á las poblaciones, dejando para perpetuar los renombres militares las casernas, los navíos blindados, los monitores y las torpederas! Habría además, algo de la justicia distributiva, algo en el premio de adecuado al trabajo. Tan impropio se encontrará que á un liceo no militar se denomine "Instituto Antonio Ricaurte"

como que á una obra de fortificación se llame "Baluarte Andrés Bello". Sin embargo, si en Sevilla hay un teatro "Cervantes", en Quito hay un teatro "Sucre". Como los niños continuaremos, quien sabe hasta cuando, absortos ante los brillantes ropajes de la milicia.

Presido en la actualidad, Sr. Don Juan Benigno, el Comité para la erección de un monumento á los próceres del 10 de Agosto de 1809, y creo completar mis patrióticas aspiraciones empeñándome en la obtención de lápidas, de recuerdos siquiera modestos, dedicados á nuestros prohombres de la ciencia y de la literatura, de la beneficencia y del magisterio, del arte y de la industria. La humanidad, por otra parte, no se propone, al erigir monumentos, el estéril objeto de halagar el apellido de un muerto, ni enorgullecer la familia que de él descende y que acaso de él ha degenerado: propónese el fin nobilísimo de estimular á las generaciones presentes y venideras; es más bien un símbolo de lo que necesitará un pueblo que de la perfección que alcanzó; es tanto un recuerdo á los vivos como un recuerdo de los muertos; es un llamamiento á las virtudes del patriota que vive ó que vivirá, al mismo tiempo que la prueba de respetuoso cariño á un ciudadano que quizá los contemporáneos envidiaron por su mérito ú odiaron como á Aristides por el cansancio de oír llamarle justo.

Pero, Señor Doctor, el agrado de conversar con Ud. y de hacer consideraciones acerca de los muchos puntos que merecen ser tratados por los educadores del patriotismo en el Ecuador, vá haciéndome olvidar el que ha motivado esta carta, á saber, el pedir á Ud. que, comunicando á los deudos del Sr. Dr. Cevallos la resolución de la Academia, se les insinúe la compra de la tumba que guarda los

restos de nuestro historiador, á fin de que no pasemos por la amargura de que estén ya perdidos cuando la Academia Ecuatoriana se encuentre en posibilidad de cumplir sus deseos, que será con lo primero que el Gobierno nos satisfaga por cuenta de lo que nos adeuda.

Sé que siquiera recordarle los merecimientos del Señor tío suyo, trae á Ud. legítima satisfacción, y he querido proporcionársela, proporcionándome yo (vea si no soy egoísta) la de volver á suscribirme de Ud. atento servidor y afectuoso amigo

Carlos R. TOBAR.

ULTIMA PAGINA.

A MI ADORADO PADRE.

Un deseo irresistible me ha impulsado, venerable Señor y padre mío, á dedicarte también un pensamiento en este digno folleto. Pues, si es verdad que mis limitadas facultades deberían retraerme; el derecho que á todos nos asiste para expresar los íntimos sentimientos del alma, me ha inducido á dar expansión á la mía, significándote los que en ella abrigo, con el lenguaje sencillo y natural de la hija que deplora la mayor de sus desdichas, y la ternura propia de la orfandad y del dolor.

Si tu existencia fue una de mis más gratas ilusiones y mi vida toda la había consagrado á tu cuidado; si tu respetable presencia había constituido mi dicha y bienestar y tu solícito cariño hacia mí y todos los míos no tuvo límites; ¿cuál no será el vacío irreparable que has dejado en el hogar y cuán triste y desamparado no se hallará mi corazón con tu ausencia eterna.....? ¡Ah! qué cambio, qué transformación! Todo ha terminado para mí; han desaparecido los días placenteros que disfruté contigo, y ya no existen sino los desgarradores recuerdos del pasado y el pesar más intenso é indefinible.

Sin embargo, tu idolatrada imagen se halla

impresa profundamente en mi alma, no se aparta de mi pensamiento un solo instante y me acompañará mientras viva.

Intencionalmente he escogido el último lugar en esta serie de recuerdos; porque si bien el mío tiene el valor del verdadero é incomparable afecto, carece, entretanto, de la importancia y expresión de los demás.

Acéptalo, pues, amantísimo y respetado padre, como humilde tributo del filial amor, y ruega por mí al Todopoderoso, hasta que nos volvamos á unir allá en el cielo.

ADRIANA CEVALLOS DE PARQUEA.

INDICE.

ADVERTENCIA.....	v
El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: Biografía por el Sr. D. Juan León Mera.....	i
Elogio fúnebre, por el Sr. Dr. D. Julio Castro.....	53

ECOS DE LA PRENSA.

El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: de "El Globo Literario" de Guayaquil, por el Sr. D. José Gómez Carbo.....	73
Duelo Nacional: de "El Herald" de Quito.....	94
Otra tumba: de "Los Andes" de Guayaquil.....	97
Editorial de "Los Andes" de Guayaquil.....	97
El Dr. Pedro Fermín Cevallos: de "La Revista Ecuatoriana" de Quito.....	100
Duelo Nacional: de "La Nación" de Guayaquil.....	108
Editorial de "La Nación" de Guayaquil.....	109
Duelo de la República y luto de las letras Sudamericanas: de "El Republicano" de Quito.....	111
Editorial de "La Patria" de Babahoyo, por el Sr. D. Ezequiel Calle.....	112
Correspondencia telegráfica para "El Globo".....	115
Editorial de "El Globo" de Guayaquil.....	115
Duelo Nacional: de "El Globo" de Guayaquil, por el Sr. Dr. D. Vicente Benites.....	122
Obito: de "El Industrial" de Quito.....	123
El Dr. Pedro Fermín Cevallos: de "La Unión Literaria" de Cuenca.....	124

	PÁGS.
Editorial de "El Diario de Avisos" de Guayaquil.....	126
Para honrar una memoria ilustre: de "El Republicano" de Quito.....	128
Editorial de "El Bolivarense" de Guaranda.....	129
Duelo: de "El Radical" sucesor de "El Tiempo" de Gua- yaquil.....	131
Fracmento de correspondencia al "Diario de Avisos", por el Sr. D. Manuel J. Calle.....	132
Duelo: de "La Educación Popular" de Quito, por el Sr. D. Daniel E. Proaño.....	135
Duelo Nacional: de "El Correo" de Portoviejo.....	136
Duelo Nacional: de "El Artesano" de Quito.....	137
Éxequias: de "El Correo" de Portoviejo.....	137
Fallecimiento: de "El Republicano" de Quito.....	138
El Doctor Don Pedro Fermín Cevallos: necrología por el Sr. D. Juan León Mera.....	139
Pedro Fermín Cevallos: necrología por el Sr. D. Leonidas Pallares Arteta.....	144
El Doctor Don Pedro Fermín Cevallos: necrología por el Sr. Dr. D. Emilio M. Terán.....	145
Telegramas de duelo.....	147

ECOS DE LA PRENSA

HOMENAJES TRIBUTADOS

EN LA CIUDAD DE AMBATO.

Preámbulo, por el Sr. D. Celiano Monge.....	153
Correspondencia tomada del "Diario de Avisos".....	156
Resolución del Concejo Cantonal.....	159
Invitación de idem.....	160
Discurso del Sr. Dr. D. Segundo Alvarez Arteta.....	161
" del Sr. D. Francisco Moscoso.....	166
" del Sr. D. Rafael María Mata.....	170
" del Sr. Dr. D. Telmo R. Viteri.....	173
" del Sr. D. Pío López.....	180
" del Sr. Dr. D. Adriano Montalvo.....	184
" del Sr. Dr. D. Gabriel Moscoso.....	187
" del Sr. D. José O. Cobo.....	189
" del Sr. D. Miguel Angel Albornoz.....	191
" del Sr. D. Temístocles Terán.....	192
" del Sr. D. Gabriel Garcés.....	195
Alocución del Presidente del Concejo Municipal, Dr. D.	

	PÁGS.
Juan Benigno Vela.....	197
Discurso de agradecimiento pronunciado por el niño Pedro Antonio Sánchez.....	199
Carta confidencial del Sr. Dr. D. Amador M. Sánchez....	201
Correspondencia para "El Republicano".....	204
Un tributo.....	206

CARTAS DE PÉSAME ESCOGIDAS.

Del Sr. D. Julio Calcaño.....	211
Del Sr. D. José Gómez Carbo.....	215
Del Sr. D. Pacifico Arboleda.....	215

DISCURSOS PRONUNCIADOS

EN EL ACTO DE COLOCACIÓN DE UNA LÁPIDA.

Invitación.....	219
Discurso del Sr. Dr. D. Camilo O. Andrade.....	220
" del Sr. D. Delfín B. Treviño.....	222
Improvisación del Sr. Dr. D. Gumercindo Yépez.....	224
Discurso de agradecimiento del Sr. D. F. Alberto Darquea.....	226
Ante la tumba del repúblico eminente, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, por el Sr. Dr. D. Manuel Coronel.....	228

ACTO DE CONMEMORACION

DE LA FAMILIA.

Descripción del acto, por el Sr. Dr. D. Francisco Ignacio Salazar.....	233
Invitación de la familia.....	237
Discurso del Sr. Dr. D. Carlos R. Tobar.....	238

POESIAS.

En la muerte de mi querido amigo el Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: Juan León Mera.....	245
---	-----

	PÁGS.
Junto á los restos del Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: Quintiliano Sánchez.....	247
Cevallos!: Juan Abel Echeverría.....	251
Cevallos: Celiano Monge.....	252
Ante la tumba del eximio ambateño, Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: Miguel Angel Albornoz.....	253
Grandeza de Cevallos: Guillermo Angel Sevilla.....	256
Ante la tumba de mi inolvidable abuelo: F. Alberto Darquea Cevallos.....	257

RASGOS DIVERSOS.

La Academia Ecuatoriana, por el Sr. Dr. D. Luis Corde-ro.....	263
Honra Ecuatoriana, por el Sr. Dr. D. Manuel N. Artzaga.....	265
El Dr. D. Pedro Fermín Cevallos: de "El Perú Ilustrado" de Lima.....	268
Nota bibliográfica: de "El Río de la Plata" de Buenos Aires.....	271
La Jubilación del historiador Cevallos, por el Sr. D. Abelardo Moncayo.....	273
Revista especial para el "Siglo XIX", por el Sr. Dr. Don Juan Benigno Vela.....	281
Justicia al mérito: de "El Telegrama" de Quito.....	283
Nuestro grabado: de "El Grito del Pueblo" de Guayaquil..	284
Carta del Sr. Dr. D. Carlos R. Tobar.....	286
Ultima página: Adriana Cevallos de Darquea.....	290



Miscelanea N° 24

Indice

Gloria Suprema - J. Iniguez Vintimilla

Aniversario tercer en la muerte de P. Vela

Elogios fúnebres sobre la muerte de P. F. Cevallos
